

CENTRO ASTURIANO DE MADRID

Separata de la *Revista Asturias*

Nº 89–Madrid, 10 de OCTUBRE de 2012. ISSN 2254-7614

Conferencia de la Excm. Sra. Doña Aminta Buenaño,
Embajadora del Ecuador en España



En la imagen, de izda. a dcha. Don Amaro González de Mesa, Doña Aminta Buenaño, Don Valentín Martínez-Otero y Don Francisco Rodríguez

DESARROLLO DEL ACTO

El pasado 10 de octubre, en el marco del Día de la Hispanidad, la Excm. Embajadora del Ecuador en España, D^a Aminta Buenaño Rugel, pronunció una magistral y amena conferencia, complementada con una presentación audiovisual, titulada: “Nosotras en la literatura y la política: una mirada personal”, que se reproduce íntegramente en las hojas de esta separata.

Se da la circunstancia de que D^a Aminta Buenaño había llegado ese mismo día de la República del Ecuador. Pese al largo viaje, pudimos disfrutar de su palabra culta, didáctica, sensible y sensibilizadora, que tanto agradecemos, en el Salón “Príncipe de Asturias” de nuestro vetusto, emblemático y querido Centro Asturiano de Madrid, decano hoy de todas las Casas Regionales españolas repartidas por el mundo. Durante el acto se contó con un público numeroso y mixturado, en el que se hallaban muchos ecuatorianos, españoles y personas de otros países: todos congregados para escuchar a la Embajadora del Ecuador y celebrar fraternalmente el Día de la Hispanidad, introducido cordialmente por D. Valentín Martínez-Otero, Presidente Adjunto, que saludó a los muchos asistentes y a los otros dos miembros de la mesa presidencial, ambos Manzanas de Oro: D. Francisco Rodríguez García, Presidente del Consejo Superior del Centro Asturiano de Madrid y Presidente de Industrias Lácteas Asturianas-*Reny Picot*, y D. Amaro González de Mesa, Embajador de España y ex Directivo del Centro Asturiano de Madrid, en el que otrora fue también organizador de las “Jornadas de América en Madrid”. A continuación, D. Valentín reiteró la bienvenida y el agradecimiento a la Sra. Embajadora, a la que presentó a partir de un currículum brillantísimo, del que extrajo datos académicos, docentes, literarios y políticos de gran relevancia.

La conferencia y el acto, que fueron muy celebrados y aplaudidos, concluyeron con un interesante y animado coloquio, al que siguió un rico aperitivo. Cerramos este resumen con unos bellos versos del excelso poeta nicaragüense Rubén Darío, léidos también en el Salón:

*Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria.*



Un momento de la intervención de la Excm. Sra. Embajadora Doña Aminta, junto a Don Valentín Martínez-Otero

NOSOTRAS EN LA LITERATURA Y LA POLÍTICA: UNA MIRADA PERSONAL

Por Aminta Buenaño

Hablar de mujeres, literatura y política es hablar de un oscuro silencio de siglos apenas iluminado por unas pocas estrellas solitarias; es hablar de la dominación de un lenguaje que nunca es neutro, de un lenguaje cómplice y culpable; es hablar de espacios de poder históricamente negados a la mitad de la humanidad y de una lucha contracorriente por hacerse ver, escuchar, sentir, por incidir en el espacio público. Es declararse en rebeldía contra la cultura, la religión, la tradición, el lenguaje portador de significados. Es cuestionar y arrancar la piel de las mismas ideas liberales y hasta de la izquierda que han subordinado posiciones, que construyen democracias y revoluciones pero no siempre subvierten los espacios de dominación doméstica en donde la explotación y la violencia aún dejan ver sus garras dominantes.

Tomarse la palabra es una manera de subvertir ese orden.

Creo que la palabra, el uso de la palabra como instrumento para contar y contarse es un afilado cuchillo transgresor, violador de *establishment*, generador de rupturas, visibilizador de dolorosos ocultamientos y origen de dudas y por tanto de sabiduría.

Las mujeres a lo largo de la historia de fuente del mal y del pecado, de meras receptoras de la simiente del hombre, de brujas, prostitutas, celestinas, de hombres imperfectos según la lógica aristotélica, de hombres con envidia del pene como sostenía Freud, hemos devenido

en voces plurales y multiétnicas; voces que desde su sojuzgamiento, que desde el poder del agua que cuando se ve contenida socava su propio dique, cuentan y no terminan nunca de contarse como la Sherezade de las Mil y una noche; porque cuando Dios creó el mundo lo hizo con palabra de varón y sacó a la mujer de la costilla del hombre y la culpó de comer del fruto prohibido, y ahora nosotras tenemos que volver a crear el mundo desde nuestra propia palabra, desde nuestra propia historia, desde nuestras propias vacilaciones y dudas, desde nuestro dolor que se puede transmutar en jolgorio; reinventarnos desde el ámbito íntimo y subjetivo en que fuimos reducidas por voluntad de Dios y por la ley del hombre.

Aprendimos por mucho tiempo a comer del fruto prohibido de la sabiduría, del árbol del bien y del mal, a escondidas y sin que se note, diciendo sin decir, usando la estrategia del débil como lo hacía Sor Juana Inés de la Cruz; siempre culpables, siempre trasgresoras. Como esposas de..., hermanas de..., hijas de..., amantes de... o reducidas a los conventos para huir de la tutoría patriarcal y poder disfrutar y ejercer nuestro intelecto como lo hicieron Sor Juana o Teresa de Ávila.

Disfrazándonos, pervirtiendo y amputando nuestro yo de mil maneras, temerosas siempre de una segunda expulsión de ese paraíso que nunca creamos, de la excomuniación de la opinión pública que siempre ha cercado y puesto límites a todo horizonte de la mujer.

Hace más de 200 años, la independencia en Latinoamérica, en Ecuador no fue independencia de nada ni de nadie. Ergo: no significó gran cosa en el cambio de estatus de la mujer, ni de los grupos marginados.

En esa época dorada de héroes y de próceres, de charreteras y combates entre los Andes y en los llanos, de jinetes y sables, de discursos libertadores e ilustrados a la luz de la vela en el Quito conventual y franciscano, de la imposición de la bota militar ora realista ora criolla; esa época de conspiraciones, rezos y asonadas, no tuvo para la historia oficial su contraparte femenina; un espeso velo cubre la participación de las mujeres.

Ahora la paleografía, buscando la voz perdida de esas mujeres, está desenterrando los viejos fósiles de las ideas femeninas que siempre estuvieron en la estructura ósea de las revoluciones, que alimentaron las batallas y fueron germen de las conspiraciones. Mujeres que siempre agitaron con sus voces las aguas conceptuales de la revolución y de las que bebieron sin pudor nuestros próceres y padres de la Patria, sin apenas reconocer que mucho de lo que hablaban era producto de los ecos de aquellas voces apresadas en el rigor de la cocina y de la casa. De aquel coro silenciado que como guarichas, enfermeras, soldadas, espías, conspiradoras, ideólogas, heroínas, mecenas, anfitrionas de tertulias, hijas, amantes, esposas y madres, acompañó todo el proceso revolucionario.

Para reconstruir nuestra memoria histórica basta recordar a las adelantadas, a Manuela Espejo, mencionada por la historia oficial como hermana de Eugenio de Santa Cruz y Espejo, el precursor de la independencia en el Ecuador; y esposa de José Mejía Lequerica, el gran orador de las Cortes de Cádiz, político y redactor de la Constitución española de 1812, cuyo nombre es recordado en Madrid con una calle y con un busto en la Ciudad de Cádiz; mujer cuyas ideas yacían escondidas bajo el seudónimo de Eropfilhia (amor a la

sabiduría) en el primer periódico del Ecuador, *Primicias de la Cultura de Quito* que publicaba su hermano, porque no podía atreverse a firmar con nombre propio en una época en que las palabras silencio y mujer eran sinónimos. Fue la primera mujer en expresar públicamente su pensamiento incisivo en el Quito colonial del Siglo XVIII, mujer ilustrada, escritora y filósofa, respetada en su círculo intelectual por la originalidad de su pensamiento que la hacía mirar y diseccionar las cosas de una forma diferente tal como lo cuenta su biógrafo Carlos Paladines; mujer oculta por el espeso manto del pensamiento tradicional y conservador del patriarcado que nunca la reconoció y que ahora, a despecho, la revela. ¿Cómo habrá sido mirada Manuela Espejo cuando alarmó a la sociedad de aquel tiempo desposando a un hombre al que ella le doblaba la edad? Es muy común aquello de viejo verde, pero vieja verde es menos usual... y más en aquella época en que para existir, la mujer tenía que pedir permiso. Manuela Espejo es recordada por los aportes que hizo a los precursores de la independencia, por apoyar y cuidar los trabajos e investigaciones de su esposo y su hermano más que por sus propias ideas; sin embargo los/las estudiosos de la historia han escarbado su época y han encontrado su palabra asumida con entereza y rebeldía.

Manuela, defensora a ultranza de todas las libertades y de los desposeídos incluyendo las de su sexo, es hoy reconocida como la primera mujer periodista de la Real Audiencia de Quito.

Hoy, un programa de gobierno de apoyo a los discapacitados y un premio nacional de literatura del Municipio de Quito, inmortalizan su nombre.

Manuela Espejo, con Manuela Sáenz y Manuela Cañizares, son las tres manuelas que rescatamos para la historia del Ecuador, aunque son muchas, entre ellas: Manuela León, la célebre capitana indígena del insurrecto Fernando Daquilema, quien lideró la rebelión de los indios; Manuela Garaicoa, la madre del héroe niño Abdón Calderón; y las tres rosas: Rosa Montúfar, Rosita Caicedo, Rosa Zarate, y otras más.

Manuela Sáenz, inmortalizada por la historia oficial como amante de Simón Bolívar, es una mujer de trascendencia continental más reconocida por sus artes amatorias que por sus cualidades de política, estratega, ideóloga y heroína de la causa de la libertad. Ella luchó contra el poder realista y colonizador junto a Simón Bolívar y Antonio José de Sucre, sirvió a la causa de la independencia como conspiradora y activista incluso mucho antes de conocer a Bolívar; recorrió los campos de batalla como soldada y con su mismo brazo libertario, salvó valientemente de las trampas de la muerte que tejieron sus enemigos al mismo Libertador, quien agradecido la bautizó con un título que pasaría a la historia: La libertadora del Libertador.

Fue nombrada por el Protector del Perú, José de San Martín, Caballera del Sol por sus servicios como militante de la causa patriótica, por conspirar dentro de los ejércitos reales a favor de los patriotas, y Coronela por el Mariscal Antonio José de Sucre, quien sugirió a Bolívar este nombramiento por su servicio en la Batalla de Ayacucho, donde, a su decir, “*se batió a tiro limpio bajo el fuego enemigo*”; fue admirada por pocos por su coraje pero odiada por la sociedad de aquella época que no podía aceptara una mujer que desafiaba todos

los dogmas de la época, todas las estructuras, que aún trastocan a moralistas y tragahostias.

Una mujer que deja voluntariamente a su acaudalado marido, para seguir la llamada de la causa libertaria y del amor es una mujer sumamente peligrosa, porque es coherente con sus ideas y sentimientos aunque no lo sea con su clase y con la sociedad. Una mujer que contra todo pronóstico no se consideraba débil y no se amedrentaba en desafiar públicamente a los enemigos de Bolívar, desestimando los consejos de éste (“No te pierdas ni me pierdas”, le implora Bolívar), que luchó por la integración sudamericana, que tuvo una clara conciencia americanista, comprometida con su época y el ideal de la independencia, que cuando la llamaban extranjera proclamaba: “*Mi patria es todo el continente americano. Nací bajo la línea ecuatorial*”, que repite junto a Bolívar su ardiente credo: “*Nuestra patria es América*”, que aboga por la unión como la única forma de ser fuertes y libres. Ahora cuando se está consolidando Iberoamérica bajo las voces del ALBA, CELAC y UNASUR se ha convertido en una auténtica profeta de la actual América Latina.

Esta mujer cuyo sino de hija ilegítima y de huérfana debe, sin duda, haber marcado su carácter y destino, criticó a la sociedad la hipocresía y prejuicios de las que hacía gala. “*Ah, yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarnos mutuamente,*” le escribe a su marido quien intenta advertirla de la proscripción social para que vuelva con él. La que así se expresa no es una mujer contemporánea del siglo XXI sino una hija de la Ilustración, del siglo XVIII.

Esta mujer, cuya personalidad y osadía opaca y hace palidecer al mismo Libertador, quien siempre se mostró más pacato y timorato en

la relación; incluso, al morir Bolívar, más parece añorar el amor inaccesible y virginal de su prima Fanny, que el valeroso y comprometido de su “amable loca” como llamaba a Manuelita Sáenz.

Esta mujer desafió una época sembrada de incordia contra las mujeres. Incordia que hizo que después de muerto Bolívar se la desterrara de Colombia, se le negara el acceso a su propia patria, Ecuador, de donde el presidente Vicente Rocafuerte la expulsó con esta sentencia: “*por el carácter, talentos, vicios, ambición y prostitución de Manuela Sáenz, debe hacerse salir del territorio ecuatoriano para evitar que reanime la llama revolucionaria*”. Tal era el peligro que constituía una sola mujer para un poderoso gobierno.

Yo sostengo que Manuela Sáenz amaba en Bolívar más que al hombre a su ideal de libertad; más que al héroe, la causa americanista de la independencia; pues no hay otra razón para que ella mucho antes de conocerlo y aún después de la muerte de Bolívar, haya defendido con tanto fuego los ideales revolucionarios que representaba el libertador, aun a costa de su reputación y de su propia vida. Quizá Manuela Sáenz sea el prototipo de la mujer política ecuatoriana por antonomasia.

Y quién fue aquella otra Manuela, que en el rigor de la conspiración y en el tumulto de las dudas y vacilaciones que socavaban el corazón de los próceres cuando fraguaban la revolución del 10 de agosto, que convertiría a Quito, en luz de América, en “*primogénita de la independencia*” como la llamara Bolívar; se atrevió a decir aquella frase que desataría la chispa del fuego de las revoluciones independistas de toda América: “Hombres cobardes, nacidos para la servidumbre, ¿de qué tenéis miedo? ¡No hay tiempo que perder!

No era el fusil, ni el puñal el que hablaba, no era la bota ni el aliento varonil del guerrero, era la voz de una mujer Manuela Cañizares, vecina quiteña, que impidió que se vaya por el abismo de las vacilaciones y los temores la determinación de liberar a la patria y, con el poder de su palabra, arrinconó a los timoratos y alentó a los desconfiados.

Hay palabras, hay frases que son tan arquetípicas, tan portadoras de símbolos y señales como cuando Dios dijo: “Hágase la luz.” Sin Manuela Cañizares, para los ecuatorianos, otra sería nuestra historia. Pero, como suele ocurrir, las osadas suelen pagar caro su atrevimiento, fue acusada de prostituta, perseguida y olvidada toda su vida, para recordar solo aquellas vibrantes palabras que han desafiado el tiempo y la memoria.

Hace más de 200 años estas estrellas solitarias abrieron el telón de la nueva historia del Ecuador, se adueñaron de una voz en los espacios vedados del pensamiento y de la política; se reinventaron en una época en que se pensaba como Voltaire, que *“Una mujer amablemente estúpida es una bendición del cielo”*.

Traigo a la memoria a estas mujeres porque a partir de aquí entramos en la vorágine de la fundación de la República, de los primeros presidentes conservadores que no hicieron más que acentuar el papel de subordinación y esclavitud de la mujer con las primeras constituciones. Y no solo de la mujer, sino también del indígena, de los afro-descendientes, de los montubios, es decir de todos los marginados. Transitamos un mundo que se movía en el oscurantismo, en aquella niebla de las repeticiones, ya lo había intuido el pueblo quiteño un día después de la Batalla del 24 de mayo de 1822

con la que se liberó nuestra patria de la dominación española, cuando de manera profética escribió en los muros de Quito: *“Último día del despotismo y el primero de lo mismo”*, aludiendo al fin del poder español y al inicio del gobierno criollo.

¿Qué hacía la mujer en estos primeros tiempos republicanos, qué pasaba con su voz, con su palabra; en donde estaba la huella de su quehacer político?

En los inicios del Siglo XIX algunas mujeres ecuatorianas se expresaban poéticamente desde el romanticismo, el reclamo era una voz dolida desde la subjetividad. Una figura realmente extraordinaria para la época fue la poeta Dolores Veintimilla de Galindo porque a un registro lírico de exquisitas metáforas y gran sensibilidad incluyó una posición política valiente de defensa de los derechos humanos y de la vida de los más desposeídos; por su alegato en defensa del indígena Tiburcio Lucero, fue condenada por el clero y perseguida hasta el suicidio.

La mujer en general estaba sometida a su casa y a la voluntad de su marido, negado su acceso a la educación y al trabajo; una mujer que atentara contra los roles establecidos por la sociedad era reprobada, especialmente por la iglesia cuyos feudos de almas y tierras era enorme.

El silencio público de la mujer ecuatoriana es atronador en estos primeros tiempos de la república, estaba atado a las innumerables prohibiciones. Sin embargo, algunas historiadoras han constatado que las mujeres escribían pero desde el ámbito privado, buscando los canales literarios que les permitiera sobrevivir a la crítica y al

escándalo: poesía sagrada, romántica, epístolas, diarios, cuadernos de familia y de apuntes.

Esa mudez en los espacios públicos es una larga pausa dolorosa hasta la llegada de la revolución liberal en 1895 con Eloy Alfaro, el viejo luchador, aquel que como el coronel Buendía de la saga de García Márquez, era conocido como el General de las Derrotas porque había perdido varias decenas de guerras pero nunca los ideales y su dignidad. Es con Eloy Alfaro que da un vuelco la historia del Ecuador y con ella la situación de la mujer. El espíritu anarquista, liberador e indomable de este gran hombre dio un giro de 180 grados a la vida política del país. Eloy Alfaro cuya estatura no llegaba a más de un metro sesenta, es un gigante para la historia del Ecuador. Separa el poder de la Iglesia con el Estado, une la montaña con el mar por medio del ferrocarril, inaugura el laicismo en la educación pública, establece el divorcio, el matrimonio civil, abre por primera vez la educación para las mujeres y funda escuelas e institutos para niñas, crea los primeros trabajos para las mujeres y las invita a ocuparse de los negocios públicos. Con Eloy Alfaro saldrán a la luz muchas mujeres que acompañarán a la revolución liberal, algunas como montoneras en las trincheras de peleas o apoyando con sus bienes la revolución; otras cumpliendo el papel de escritoras, maestras o periodistas. Entre las más conocidas: Isabel Muentes y las coronelas Floresmila Sánchez y Joaquina Galarza.

Desde entonces es otra la mirada que tendremos sobre nosotras y la palabra ya no será el cenáculo de los elegidos, sino que se volverá un amplio firmamento en donde brillarán no solo unas cuantas estrellas solitarias, sino destellarán muchas en el cielo despejado del horizonte

liberal. Algunas conscientes de su papel en la historia y otras no, pero todas dejando escuchar su voz.

Siempre se ha dicho que la educación es el motor de los pueblos y nunca se refleja tan bien esta verdad como cuando se refiere a las mujeres. Tener derecho a la educación es liberador, poseer la palabra hasta de construirla, democratizar la vida pública con la presencia de esa parte de la humanidad que estaba en la sombra; expresar esa otra cara de la luna que necesita nombrar las cosas para que existan. Olimpia Gauges, en su declaración universal de los derechos femeninos, había reclamado: *Si tenemos derecho a subir al cadalso, también tenemos derecho a subir a la tribuna.*

Las mujeres ecuatorianas de finales del Siglo XIX e inicios del XX quisieron subir a la tribuna, tomarse la palabra, liberarse de esas garras que por siglos las habían silenciado y empiezan a publicarse revistas tanto en Quito como en Guayaquil que tienen la impronta, el sello, la firma de mujeres. Revistas como El Tesoro del Hogar (1890), La Mujer (1905), El Hogar Cristiano (1906-1919), La Ondina del Guayas (1907-1910), La Mujer Ecuatoriana (1918-1923), Flora (1917-1920), Brisas del Carchi (1919-1921), Arlequín (1928), Nuevos Horizontes (1933-1937), Alas (1934), etc. En las que escribían Zoila Ugarte de Landívar, Adelaida Velasco Galdós, Zoila Rendón, Rosa Borja de Icaza, Hipatia Cárdenas, Victoria Vásconez, María Esther Martínez, María Piedad Castillo de Levi, etc. Las ideas expresadas por estas mujeres eran múltiples y diversas, algunas con tono conciliador, maternal, temerosas de abrir brechas, negociando espacios; otras abiertas y directas, disputando; pero todas buscaban ampliación de derechos, reconocimiento público y participación en la vida política

del país. Una de las mujeres más notables fue Matilde Hidalgo de Prócel, quien fue pionera, en 1924, en reclamar el derecho al sufragio y hacer efectivo su voto por primera vez no solo en el Ecuador sino en América Latina; también fue pionera en estudiar una carrera universitaria y en graduarse de médica.

Una vez conquistado el voto, con las puertas que abrió la revolución liberal, vendría una participación más activa de la mujer dentro de la dinámica de las grandes revoluciones y acontecimientos sociales que marcaron a la humanidad, como la revolución socialista de octubre que incorporó un nuevo discurso y un nuevo quehacer en los movimientos sociales ecuatorianos, aunque el papel secundario de la mujer no varió de manera significativa, ni en la realidad ni en el imaginario colectivo. Las mujeres participaban políticamente en las organizaciones sociales, en los movimientos de protestas, en las huelgas, pero como parte del escenario, muy poco como protagonistas. Aparecían en los diarios como víctimas de los atropellos y represalias junto con los demás obreros. Fueron parte de las diferentes revoluciones que removieron los cimientos del Ecuador del siglo XX. Una mujer que merece destacarse fue Zoila Ugarte de Landívar, política y escritora, quien planteó espacios políticos y no solo domésticos para la mujer y sostuvo que *“es demasiado cruel que los egoístas quieran hacer de la mujer un simple biberón humano y nada más humillante que el destinarla al papel de hembra inconsciente.”*

En 1935 se organizó la primera Convención Nacional de Mujeres Ecuatorianas, una organización que discutió el papel de la mujer desde una mirada política. Según Nela Martínez, su secretaria general, *“La Alianza Femenina Ecuatoriana fue la primera organización de las mujeres*

que lucharon bajo criterios políticos, propiciaron un desarrollo de sus capacidades en todos los niveles y con participación real en hechos históricos notables... AFE pudo demostrar, por medio de algunas de sus integrantes, reales capacidades de mujeres a quienes les fueron confiadas tareas especialmente difíciles: había valentía, decisión, fortaleza, posibilidades desconocidas” (Nela Martínez, 2006). En esta alianza participaron mujeres muy prestantes como Hipatia Cárdenas, Aurora Estrada y Ayala, Matilde Hidalgo de Prócel, Virginia Larenas, Luisa Gómez de la Torre, Dolores Cacuango, Julia Bazante, María Zaldumbide, entre otras.

Figuras como Nela Martínez, Ana Moreno de Safadi, la artista Isabel Herrería merecen mención especial por sus luchas sociales y participación en la revuelta de 1944 llamada “La Gloriosa.”

Al Ecuador todos los grandes acontecimientos del siglo XX le llegan como un eco y le influyen poderosamente, la Primera y Segunda guerra mundial, la Revolución Cubana, el Feminismo, la Guerra de Vietnam, los hippies, el movimiento de Mayo Francés, la caída del Muro de Berlín. Y por dentro los diferentes movimientos sociales actuaron como revulsivos para delinear el Ecuador de hoy. Con los derechos cívicos que se inician con el sufragio, la mujer ganó derechos civiles, políticos y educativos, al menos formalmente; aunque este será un primer paso para comenzar a indagar qué pasa dentro del hogar cuando dejamos los discursos de las calles y plazas, ¿qué pasa con la democracia en el seno del hogar?

Hay un poema de Jorge Luis Borges que se llama *Las Causas*, que siempre me ha hecho reflexionar sobre el azar y la incertidumbre, sobre el encadenamiento de las cosas, qué pasa si hubiera estado allá y no aquí, ¿Me hubieran ocurrido las mismas cosas? ¿Sería acaso yo

ésta y no otra? Este poema después de enumerar en cascada todos los hechos de la historia del ser humano, termina con la conclusión “*Se precisaron todas esas cosas para que nuestras manos se encontraran.*”

Y viene al hilo porque algunos de los que están aquí presentes me conocen como escritora y política, especialmente en estos últimos años por esta intensa actividad en los que he sido escritora, asambleísta, vicepresidenta de la Asamblea Constituyente, nuevamente asambleísta y ahora Embajadora ante el reino de España por una comunidad de más de medio millón de ciudadanos, que es la comunidad hispanoparlante más numerosa en España, y por lo tanto, quiéralo o no es una actividad política. Como en el poema de *Las Causas*, un evento trae a otro, se necesitaron todas estas cosas para que yo esté aquí frente a ustedes y les diga que yo soy una escritora que jamás soñó ser política, que incluso rechazaba la política en el concepto tradicional del término y en el modo en que el imaginario colectivo de nuestros pueblos lo conoce: Una persona que en lugar de servir al pueblo se sirve a sí misma. Venía de un momento histórico en que el país había tenido muchos presidentes y muchos políticos que habían estafado y robado sin pudor las arcas públicas, presidentes que seducían al pueblo en las tarimas y luego una vez ganadas las elecciones en las urnas, gobernaban divorciados de los intereses populares, comprometidos con un puñado de oligarcas que siempre han asumido que son dueños del país, quienes manejaban todos los contratos del Estado como propios y que se encargaron de privatizar los bienes públicos y de desestructurar al Estado. Ellos han mantenido al Ecuador postrado en el atraso, supeditado solo a sus intereses. Nuestro pueblo que es un pueblo respondón y organizado que, como decía Velasco Ibarra, es intuitivo y sabio, se echaba

indignado a las calles cada cierto tiempo para botar a esos presidentes. Así vivimos una etapa de gran inestabilidad política en la década de 1996 al 2006 en la que en menos de diez años tuvimos 9 presidentes, cuando por mucho debíamos tener algo más de dos, puesto que el período presidencial en el Ecuador dura 4 años.

Por la inestabilidad política y el mal manejo económico más de dos millones de ciudadanos empobrecidos salieron expulsados a la diáspora; como resultado del feriado bancario, por el cual un mal gobierno metió las manos en los bolsillos y robó sus ahorros y su futuro a muchos ecuatorianos. Estados Unidos, España, Italia fueron sus destinos.

En esta década el país era un caos: desorden, inestabilidad, corrupción, desequilibrio financiero, nuestra moneda agonizaba y entraba, a pedido de la plutocracia, el dólar. Perdíamos soberanía y la palabra “política” era una mala palabra. Por ese entonces yo trabajaba como profesora de la Universidad de Guayaquil, cumplía funciones de Jefa de Capacitación en el Municipio de Guayaquil y escribía editoriales en el diario El Universo de mi ciudad. Había publicado libros de relatos como *La Mansión de los Sueños*, *La Otra Piel* y *Mujeres Divinas*, además obras de periodismo literario como *Declaración de amor a Guayaquil* y *el Discreto encanto de lo cotidiano*. Mantenía una relación intensa con mis lectores mediante la columna que publicaba los días domingos en donde exploraba temas sociales y de la cotidianidad desde un lenguaje literario. Lo más lejano de mis sueños era pensar en una representación popular porque, además, a los escritores y periodistas nos suele gustar más criticar desde la seguridad de un escritorio que actuar. Por eso cuando el

actual presidente me pidió participar en el proceso de transformación del Ecuador, luego de la sorpresa, tuve que pensarlo no dos, sino mil veces.

En el 2006 la política apeataba, olía a tufo de alcantarillas, cuando un joven economista sacudió las cimientos de la política nacional con un nuevo discurso que no hablaba de maquillar sino de cambiar el sistema, de “voltear la tortilla”, de echar abajo el neoliberalismo que había pulverizado el país, de trabajar en función de los más pobres, de los discriminados y desposeídos. Hablaba de equidad, de justicia, de poner el ser humano antes que el capital, las personas antes que el mercado, y lo hacía con un nuevo lenguaje en que acusaba al régimen de partidos, a la partidocracia de haber vendido la patria, de ser responsable del estado de inequidad y de injusticia en que vivíamos. Proponía refundar el país con una Asamblea Constituyente y elegía para ello a gente, mujeres y hombres por igual, que no estuvieran vinculados al sistema de partidos ni manchados por la politiquería. Confieso que fueron noches terribles de incertidumbre y desasosiego, de grandes temores, pero el nuevo reto, el deseo de impulsar los cambios, de trabajar en función de lo que creía me obligó a aceptar.

Los intelectuales casi siempre volamos tras un sueño, perseguimos utopías, pero el único lugar en donde se toman decisiones, en donde se pueden cambiar las cosas es en la política. Y eso exige valentía, coraje, enfrentarse a un mundo desconocido de oscuras competencias y, a veces, abyectas ambiciones. Me propuse mirarlo como un viaje quizá incómodo pero necesario en donde perseguiría los sueños de equidad de las mujeres, en donde lucharía por los grupos discriminados de mi patria e intentaría cambiar esos espacios de

dominación y violencia que suelen ser muchos. Además, un poeta ciego que es mi consejero había escrito que: “El escritor debe pensar que cuanto le ocurre es un instrumento; todas las cosas le han sido dadas para un fin. Tiene que utilizar todo lo que le sucede como material, como arcilla para su arte.” Esta idea terminó de convencerme.

En las elecciones del 2007 fui la mujer que alcanzó más votos a nivel nacional; este hecho me catapultó a la vicepresidencia de la Asamblea Constituyente, encargada de redactar la Constitución que hoy nos rige y en la que hicimos realidad aquel sueño largamente anhelado por las mujeres, escamoteado por el poder patriarcal, de la igualdad y paridad en los puestos de representación pública, en las instancias de dirección y decisión, en los partidos y movimientos políticos. Además que garantizamos, que en las candidaturas pluripersonales las mujeres debíamos participar en forma alternada y secuencial, lo que aseguraba la paridad efectiva. Además se nos protegía contra todo tipo de violencia y discriminación que afectará nuestros derechos como seres humanos.

Hay tres cosas de las que me siento, personalmente, muy orgullosa en la redacción de la Constitución y que no puedo dejar de mencionar. Una: Haber logrado que mi propuesta sobre la licencia laboral de paternidad haya sido incorporada como un derecho dentro de la Carta Magna, pues siempre he pensado que el machismo no solo hace daño a la mujer, sino también al hombre, pues no le permite expresar sus emociones. Lo arrincona a mostrarse duro, fuerte, “los chicos no lloran” y ello hace daño a la familia, a los hijos. Proporcionarle tiempo para mostrar sus afectos a su hijo/a recién nacido, para crear

los vínculos emocionales necesarios en esos vitales primeros días, forjar relaciones importantes que ayudarán mañana a la sociedad. Hoy millones de futuros padres gozan en Ecuador de ese derecho.

Dos: Por primera vez, entre las veinte constituciones que ha tenido el Ecuador, conste los derechos del pueblo montubio. Un sector de la población de más de un millón de personas que permanecían discriminados en sus derechos colectivos, a pesar de ser parte de la vida productiva del país, haber participado en las gestas libertarias y ser personajes protagónicos de los mejores relatos de la generación de los escritores del grupo de Guayaquil. Ellos que aparecían como protagonistas en la literatura ecuatoriana no existían como pueblo para el Estado. Fue necesario ir a la Asamblea Constituyente y pelear por sus derechos colectivos para que bajaran del mundo imaginario de la literatura y se convirtieran en una realidad que el Estado debía asumir, respetar y defender.

Tres: Integrar la Mesa uno, aquella que se encargó de elaborar todos los derechos vanguardistas que irían en la Constitución, entre esos el más revolucionario que ameritó un artículo admirativo de Eduardo Galeano, los derechos de la naturaleza.

¿Y la literatura qué? Se preguntarán ustedes. En todo este período intenso no me ha abandonado ni un instante, porque la literatura es una forma de vida, una manera de concebir la realidad, de reflejarla y de afinar la sensibilidad. Sirve para todo lo que ayude a crecer al ser humano, a hacerlo más libre, a desarrollar todas sus potencialidades. En ese tiempo publiqué dos libros: *Virgen de Medianoche* que es una antología de mis cuentos y mi novela, publicada por Santillana en el 2011 titulada “Si tú mueres primero.”

Pienso que la pelea, la lucha por un mundo mejor es un proceso continuo, ya sea desde la esfera de la política o de la literatura o de ambas. Lo que sí creo que es fundamental es que se visibilice el aporte de las mujeres a la política y a la literatura en Iberoamérica. Para ordenar mis ideas para esta charla revisé algunos libros de historia y muchos ensayos (generalmente escritos por varones) sobre historia de la literatura ecuatoriana y en ninguno encontré los aportes de las mujeres. Me parece muy triste esa infravaloración de la literatura escrita por mujeres porque cuando se oculta o minimiza el trabajo de la mitad del mundo se invisibiliza al mundo entero. No puede haber una auténtica democracia si se sojuzga su trabajo por atávicas ideas patriarcales, si cuando ellas escriben se las etiqueta como literatura light por tratar temas cotidianos, si cuando hacen política se las discrimina, si se mantienen arquetipos discriminadores que no se hacen conscientes.

Creo que el patriarcado rebasa creencias y posiciones ideológicas y se ha convertido en *la cultura, una* que está dentro de todos/as como cadenas mentales con las que de forma reiterada hay que luchar, si realmente queremos una sociedad más justa y equitativa. He podido comprobar que las leyes pueden cambiar pero si no se hace un trabajo al interior de nosotros y nosotras, sino se socaba día a día esa milenaria cultura patriarcal desde su propio corazón doméstico y tribal no podrá haber una auténtica democracia, no podrá haber igualdad, aunque miles de mujeres escriban hoy y se multipliquen sus libros y sus éxitos; pero si en base a la infravaloración y prejuicios es visto su trabajo literario como un género inferior y ligero que provoca el desprecio de algunos o el paternalismo de otros, no habremos ganado mucho.

Soy optimista y creo que las cosas están cambiando para mejor, hay muchas mujeres y hombres que están escribiendo, debatiendo y peleando para que ello ocurra.

Y como creo, como dicen algunos, que el escritor/a es un cronista, un historiador de las emociones, voy a concluir con un fragmento de mi novela “Si tú mueres primero”, en donde dibujo en un mismo personaje la metamorfosis que puede experimentar en un momento una mujer.

“Luego de cumplida su promesa, podría su corazón descansar en paz, entregarse a sus ensueños, a sus más recónditas ilusiones; quizá abandonar el pueblo en donde todo dormía y volcarse a la vida, ser la mujer que siempre quiso ser, a vivir intensa y apasionadamente, a sacarle el jugo, la médula, los huesos, sus íntimos ardores a esa mezquina vida... “Todo se puede cuando se quiere”, se dijo mientras paladeaba la copa de vino que se había permitido beber para celebrar, a oscuras y en la cama, la realización de su sueño. Se despezó gozosa y suspiró... Miró su alianza que brillaba en el dedo anular como una luciérnaga; cuando llegara al mar, en lugar de los toros y los caballos que los antiguos ofrendaban al océano, ella tiraría su anillo, ella arrojaría a la garganta profunda del mar el anillo de alianza de su matrimonio. Ella sabía que el mar respondería, que el mar tácitamente comprendería y consentiría, que el mar la redimiría de todas sus culpas y la devolvería pura, a una nueva vida. Volvió a mirar el retrato de su marido, su bigote espeso, su cabello almidonado, sus ojos enormes, inefables y tristes, parecían preguntarle: “¿Qué te pasa? Ella volvió a mojar sus labios en el vino, saboreó despacio y lo miró con desprecio: “A mí no me pasa nada, mañana termino contigo”, y arrojó el último concho de vino que bailaba al fondo de la copa al retrato en sepia que se desangró.”

Gracias.